https://doi.org/10.29393/CF6-15IMAM10015

INTRODUCCION A MARTIN HEIDEGGER

AGUSTIN M. MARTINEZ, O.S.A.
U. de C., 1.X.76.

Quod scriptum, scriptum est. Lo escrito, escrito está. Valga esto como disculpa por la ambigüedad en que queda el título de esta intervención mía ante la preclara presencia de ustedes. Porque bien pudiera pensarse que eso de INTRODUCCION, alude a una pretensión del que habla de llevar a quienes me escuchan "hacia el interior mismo" del pensar del ilustre alemán que, yo creo, hace poco encontró lo que buscaba: la presencia del Absoluto Ser. Pero como la palabra, aunque angustiosamente, también sirve de vigilancia al verbo interior, quisiera decir que más bien soy yo mismo que, prescindiendo de ustedes, meditando y meditando, me afano por llevarme a mí mismo hacia el interior del hombre heideggeriano. ¿Y quién será, para mí, este hombre heideggeriano? En los últimos años he venido pensando si tal vez este hombre heideggeriano no sea más que un "HOMBRE-EPIGONO" del grandioso movimiento del espíritu moderno, de la meditación moderna que ya lleva sobre cuatrocientos años deviniendo. O sea, este hombre heideggeriano se me antoja una "recapitulación substancial", que eso quiere decir "epígono", de la aventura y la esperanza, de los éxitos y fracasos, de lo grande y de lo pequeño en el alma de la cultura superior del espíritu en los tiempos modernos. Filosofía moderna . . . Tiempos modernos . . . Cultura moderna . . .¡Con cuánta facilidad encerramos todo ello en silogismos para simplemente incriminarla!: ¡Laicicidad! ¡Antropomorfismo! ¡Racionalismo! Yo diría que, en no poca medida, hacia todo eso haya derivado alguna forma del pensar moderno. Pero lo que yo digo es que conviene ir a lo "primigenio", a lo sin origen, del hombre moderno, a la fuente misma donde descansa su propósito, donde se refugien sus proyectos, donde él se enciende en toda su luz. Y eso "primigenio" como un gran propósito, atraviesa por el alma de Descartes, por el alma de Kant, por

el alma de Hegel, por el alma de Comte, por el alma de Bergson, por el alma de Husserl, hasta su último logro en el hombre de Heidegger. No estamos diciendo nada; no estamos significando sobre esto y aquello, no nos hacemos cargo ni de aquí ni de allá: simplemente oteamos en lo escondido, nos arrimamos a la primera expresión moderna de este "MIESTERION" griego que es el hombre moderno, revelado finalmente en toda su magnificencia y en toda su pobreza radical en lo hondo del mundo que del todo quería apurar el ilustre autor de *Ser* y *Tiempo*. En la humildad de mi herramienta intelectual, en la impresionante finitud y senectud de mi "intuitus mentis", me inhabito en el seno de ese hombre que, contra todo lo que la superficialidad podría sostener y esperar, recogido lo encuentro en la orfandad de lo con tiempo, mendigando y reclamando en el silencio plotiniano de lo Sin Tiempo.

Agustiniano fue Descartes. Anti-metafísico no fue Manuel Kant: la puso en suspenso, sí, es verdad, pero para "catear" en lo que pudiera haber antes que ella, en lo que podría ser su fundamento, en lo que podría dar luz en el trasfondo del hombre metafísico a que alude el Prefacio a la segunda edición de la CRITICA DE LA RAZON PURA, de 1787. Prefacio que habría que releer y re-pensar con apetito fidedigno de Verdad. Recién el año pasado, 1975, los señores Rüdiger Bittner y Konrad Cramer, en cuatrocientos ochenta y siete apretadas páginas de papeles y notas de Kant aclaran, en no poca medida, la "Crítica de la Razón Práctica": MATERIALEN ZU KANTS "KRITIK DER PRAKTISCHEN VERNUNFT" (Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main, Erste Auflage, 1975). Muchísimas veces, más que interesante y hermoso, es necesaria una inmersión, siempre que se pueda, en el verbo ardiente que circula anhelante en la palabra dicha o escrita.

1. La importancia de la Palabra.

Hace pocos meses, en sobrio homenaje a Heidegger rendido por esta Casa de Estudios Superiores mecida por las lluvias del sur, nos permitimos llamar la atención sobre el parto y la aparición de la palabra. Fue Alphonse de Waelhens en su: CHEMINS ET IMPASSES DE L'ONTOLOGIE HEIDEGGERIENNE, A PROPOS DES HOLZWEGE, quien, con-sistiendo con Heidegger, se lamentaba que el hombre moderno haya olvidado el Ser en magro beneficio de los entes. Quisiera solamente agregar a este pensamiento, algo que se me ocurre como tangencial a él: La desgracia de nuestro tiempo es vivir apresuradamente de la palabra, dejando obnibulado al Verbo. Mi capacidad de pensar, es muy tenue; y aquí mismo se siente ella pasando por "angostura", que eso quiere decir "angustia". Miro yo a la vida nerviosa de la gente bulliente que pasa a mi lado. Miro y escucho yo, a la briosa juventud que descansando va en nobles utopías, que de lo contrario el hombre no tendría juventud. Miro yo la fábrica, el banco, el púlpito de la Iglesia y la prensa mañanera que acompaña mi tacita de Nescafé después que comulgo y converso con el Buen Dios. Estoy "pesqui-

sando" la vida. Esa que se alarga y extiende, mandibulando relojes presurosos, caminando en confesada intemporalidad. Contemplo las "apreturas y angustias" de Paul Claudel, de García Lorca, de nuestro sin igual Pablo Neruda. Por lo menos sin igual después de la lírica de San Juan de la Cruz. ¿Y qué es lo que adivino? ¡Caramba! ¡qué palabra! Que "adivinar" es como acercarse a Dios, "hacer Dios", reza la etimología. Si esto significa un paso hacia la Luz, los árabes tenían razón cuando al ser lo llamaban Luz. Desgraciadamente lo que en la Luz veo, es al hombre perdido en la palabra y muy lejano del verbo. Como también veo en la luz a casi contada minoría, agonizando en la tienda del verbo, porque le es como imposible hacer de la palabra su pesebre y su mansión. Como si la palabra apelase a palabras sin refugiarse en su casa, el verbo. Si algunas manifestaciones de nuestro tiempo aparecen como "sin razón", —desorientación, temeridad del descriterio, violencias, estupefacientes, caos en las mentes, etc.— es porque el hombre navega sobre palabras y como que no quiere asumir la responsabilidad de escuchar en el Verbo. Porque este escuchar es meditación, reposo, silencio, humildad, retiro. El hombre contemporáneo es la epifanía del hombre inseguro, del ser incierto, que no halla qué hacer con sus últimas y palpitantes entrañas. Quisiera él "palabrear" sobre todo. Y es tanto esto, que uno mismo siente miedo de enarrar lo que en la bodega interior sorprendió para la fiesta de las almas. Y entonces uno termina por plegar sus papeles, por enmudecer sus labios, por apretar el espíritu para que nada diga. Pero también aquí hay un consuelo: La dicha del que piensa está en el pensar, mucho antes que en la comunicación del verbo. ¡Cuánto admiro a los humanos que escondidos se alimentan de la inefable luz, y que para el resto de los mortales nada dijeron, aparentemente! Que acaso, por ejemplo, lo más rico no terminó por encontrar Jacques Maritain, en el escondite de los Pequeños Hermanos de Jesús?

Heidegger nos enseña la necesidad del regreso al verbo. Porque es aquí donde los hombres se "en-alman", es aquí donde los hombres se comprenden, es aquí donde la "humanitas" reluce. La palabra suele llevar hacia un "hacia-fuera de-si", a la errancia por lo múltiple e inmediato, donde Kant re-encontró lo que ya los antiguos habían distinguido: el caos y la división, el absurdo y la muerte. ¿Qué no es eso lo que invenimos en los condenados de HUIS-CLOS, de Sartre, o en el, PRISIONERO, de Kafka? Seres absurdos por haber bebido en la palabra temporal y sin poner atención a la luz del verbo. Cada ente tiene su ser, cada ente tiene su verbo. El verbo es la misma luz del ser de los entes. Los entes están visibles. Como la palabra es sonora. El ser está escondido. Como el verbo es "misterio". En una alta cifra matemática de la física cuántica, puedo entender números, pero casi nada del ser de la cifra misteriosa. El verbo es la primera y última Palabra de las palabras, como que anidado está él en lo no siempre manifestado en la palabra y las palabras. Heidegger nos recomienda a prestar atención a la importancia viatoria del lenguaje en el camino hacia lo que es y que en el lenguaje está y queda simplemente

"alegorado". Nos invita él a penetrar, aunque sea con aridez y con fatiga, en los orígenes e historia de la palabra diversa en que el LOGOS quisiera "expresarse", esto es, hacerse saltar, hacerse brotar en la luz de espíritus discentes. Que la misma palabra "palabra", de la PARABOLE de los griegos emana, en la significación de "comparación", "alegoría", cual figura convencional para que miremos en lo que esconde y de donde vive. La palabra es el ser de los entes *enropado*. La palabra es solamente para "figurarnos" algo en "otras cosas", al través de la cual asir la significación medular y escondida. Que eso es ALEGORIA. Así, la ida al seno de la palabra, nos establece en un MUNDO fascinante de relaciones, donde todo ente, y el hombre mismo en comunicación interior, aparecen en su comunidad originaria y en la comprensibilidad de su razón de ser. Por eso la palabra necesita de la GLOSSA del sabio prudente, y la necesita como de su obligada "interpretación" o "comento", como de su obligada HERMENEUMA. El ilustre profesor Gadamer, nos ha advertido sobre la profundidad de la hermenéutica heideggeriana, lindando en el ser y sobre el tiempo, en su obra: WAHRHEIT UND METHODE (Grúndzüge einer philosophische Hermeneutik, Tübingen 2, 1965, p. 246), si bien no comparto lo que me parece ser una presentación del hombre heideggeriano como una pura y radical proyección hacia la futuridad inalcanzable. Heidegger, considerando a la palabra como mensajera y avisadora del verbo, nos da muchas veces ejemplo de este caminar hacia la plenitud de que es signo la palabra, lo mismo cuando viaja a la significación de la palabra griega o alemana, como cuando su gozo consiste en ponernos en luz las maravillas de lo escondido y aprisionado en la palabra de Hölderling o de Rilke, o de algún mito griego. Cuando nuestro filósofo acude afanoso y trepidante a la hermenéutica, o cuando, aprovechando la riqueza en construcciones de la lengua alemana, no ejercita él una vanidad banal ni un capricho rebuscado y ofuscante, sino que sigue al imperio del ser que resilia en el verbo que la palabra afanosamente quisiera manifestar hacia afuera. La potencialidad de la palabra descansa en el vigor asombroso del verbo cual luz del ser; y esa potencialidad constituye el banquete del sabio, en sus esfuerzos por actualizar lo en ella escondido y no dicho del todo, a fin de ordenar la "scientia" de los entes con la sabiduría del ser. Por cierto que Heidegger ni fue el primero ni será el último buscador del ser en el origen e historia de la palabra donde comienza a balbucear el verbo del ser; pero sí, en un momento histórico en que los hombres más se avecinan en cada vez más amplia circulación de la palabra, él nos ha puesto en guardia, cual centinela del LOGOS, de nó quedarnos en la alegoría sino en lo "en-alegorado".

2. Sobre el Tiempo abandonado.

¡Cuánta razón tuvo San Agustín, este hombre tremenda y siempremente moderno, cuando renunció a su cátedra de Milán, diciendo a las Autoridades respectivas, lo que él dice que dijo, según lo referido en sus CONFESIONES: "Terminadas las vacaciones vendimiales, anunció a los milaneses de que proveyesen a sus estudiantes de otro vendedor de palabras, venditorem verborum . . . " (Confes. IX,5,13). Pretextó razones de cambio de estado de vida y de salud precaria, pero en verdad era que de la palabra pasaba al descanso en el verbo, de los entes al ser, del tiempo a la Eternidad escondida en el seno del Tiempo. Así se demuestra en sus sabrosos Diálogos en la quinta de Casiciano, vecina a Milán. Con la palabra pura nos quedamos con la temporalidad pura; con el ser del verbo escapamos al instante del ser, quedando el tiempo abandonado. Heidegger, no con la intención de abismar al hombre en la temporalidad y en la nada, sino con el propósito de VER en la originaria vertiente del Tiempo, nos conduce a mirar en nuestro "ser-en-el-tiempo", aunque apresuradamente, y sin atender al completo contexto de sus meditaciones, pudiera a alguien parecer que disuelve al hombre y al ser-en-sí en la nada y en la pura temporalidad. Pero no es así. ¿Cómo no iba a ser consciente él de la *relatividad* del Tiempo, de este Tiempo que ya Clemente de Alejandría consideraba de suyo como un vacío y que tenía significación como un agregado dimensional a las cosas? (STROMATA VI, 142). De este Tiempo que, en el decir de Gregorio Nazianceno, nos invita a hacer de esta vida, como pensaba Platón, una meditación sobre la muerte (EPIST. 31, PG 37, 68 C). Cf. Platón, FEDON 67 d, 80 e -81 a).

Con el Tiempo de Heidegger estamos en lo Ante-Tiempo del Tiempo escolástico. Ciertamente, movimiento y tiempo guardan relación física fácilmente cuantificable por un ser inteligente. Pero a poco que pensemos, el tiempo como que está previo al movimiento, y que por ser él una relación avisa sobre lo relacionador y lo relacionado. Ya San Agustín nos advirtió sobre este hecho en los capítulos 23 y 24 del libro XI de sus Confesiones. También hay relación entre Tiempo y vida humana, hay una relación o nexo moral, y así dice San Agustín: El Tiempo somos los hombres; buenos tiempos, buenos hombres; malos tiempos, malos hombres. Nos sumus tempora; quales sumus, talia sunt tempora (SERMO LXXX, n. 8). Todo esto es cierto. Pero ¿qué es el tiempo, qué es la temporalidad? Para un intento de algún sosiego, Heidegger nos coloca en una especie de Pre-Tiempo desde donde el hombre se da Tiempo y mide tiempos. Tal vez si mirando hacia este pre-tiempo fundante del tiempo, que dijo el sabio astrofísico Harlow Shapley en la Introducción a su importante obra, TIME AND ITS MYSTERIES (N. York, Collier Books, 1962, p. 6): el tiempo es uno de "estos desconocidos que nos mantiene humildes".

Cuando Heidegger penetra en la esencia de la existencia asimilándola a Tiempo, justamente está atendiendo a lo altamente dramático que es para el hombre el tener que "SISTIR", afirmarse, tenerse en pie, FUERA, ex, del Ser que lo causa. Y esta SISTENCIA-FUERA-DE en cada momento se sabe MUNDO de insospechado poder de relación, donde TODO el hombre se planea y se proyecta. En cualquier decisión, todo el hombre se decide; en cualquier proyecto, todo el hombre se proyecta; en cualquier plan, todo el hombre se planifica. En esta "SISTENCIA EX" Todo el hombre es Tiempo, Todo el hombre es su muerte, Todo el hombre es su nada. Y la posibilidad de la decadencia, de la errancia, fundada está en esta nada, en este tiempo, en esta muerte. Lo triste es que nadie quiere aceptar y vivir su muerte, que nadie reverencia su Tiempo, que nadie medita en su nada. Los hombres viven en otra forma de muerte, aprecian otra forma de tiempo, adoran otro modo de nada. En la decadencia misma, en la errancia misma, por querer hacer inhabitar su ser en el seno de los entes fascinantes. A eso los hombres llaman vida, al vivir lo pasajero de la vida.

Poco pensamos, sin embargo, en que, así como el hombre está en constitutiva y originaria relación con el Ser, del que el hombre aparece como su "guardián", o, como en otra parte dice Heideger hermosamente, "su memoria", así también este Tiempo que en cualquier momento de la EXSISTENCIA nos constituye TODO, afirmado tiene que estar él en algo no-tiempo, en una comunicación con lo rebelde al Tiempo. El hombre es también el guardián, el centinela, la memoria de la ETERNIDAD. El hombre se da Tiempo desde lo sin Tiempo. Si no fuere así, ¿cómo es, y cómo explicar, la enfermedad del hombre por el presente en el "reissende" Tiempo. Si el hombre se da Tiempo, es porque él está como en su última verdad, fuera del Tiempo. Y el hombre se da Tiempo en un afán misterioso de trascenderlo. El hombre se sabe presente en todo Tiempo. Ese presente da sentido y significación y valor al ayer y al mañana, al antes y al después, al pasado y al futuro, en la medida en que todo esto se "presentiza". El ser del hombre quisiera ser feliz en un presente inarrebatable, sin noche y sin mañana. Todo sirve al hombre en la medida en que sirva para la afirmación y enriquecimiento del presente del ser del hombre. El hombre sufre porque los temporales presentes se van o pueden irse, como tendrán que irse. Como la comunión con el ser sirve de luz para invenir lo escondido en los entes, la comunicación con la Eternidad del ser sirve de posibilidad de tiempo, de conciencia de tiempo, de comprensión de tiempo. El hombre está más en el ser que en los entes. El hombre está más en la Eternidad que en su tiempo. Como encimado en el vértice permanente del tiempo, que es puro presente, no obstante aparecer como perdido y ensimado en la corriente del tiempo. Por eso el Tiempo es nuestro dolor. Si nosotros fuésemos absolutamente puro Tiempo, el dolor sería imposible. El tiempo duele a lo sin tiempo en el hombre. Y esto sin tiempo, pero con todo Tiempo, es la última verdad del hombre.

Sin duda alguna que el hombre está como trascendentalmente abierto a todos los entes por estar él más integrado que otros en las cercanías del Ser. Y en la luz de lo inmóvil sabe lo que por su carne escurre, por su finitud escurre, escurriendo él, siempre sin embargo idéntico a sí mismo, con lo que escurre en cambio y movimiento. Por su parentezco en el ser con lo que en el mundo y en el tiempo no es él, todo lo recoge en referencia a él, a él todo asumido en finitud intemporal, y descubre la marcha de las cosas, las juzga, las mide, las avalora y valora, y en referencia a su presente se da y da TIEMPO. Todo su ser presente en cualquier punto de un tiempo en que él quisiera encontrarse, pero que sigue dándose y dando tiempo porque en ningún punto de tal tiempo él se reconoce en el término y la meta de su anhelo y estructura de presente. Como el hombre en el ser siempre está, es lo permanente en esa comunión del hombre lo que hace posible la conciencia del cambio, la conciencia, del movimiento, la conciencia del tiempo. La Eternidad es un trascendental del ser; y en los seres o entes finitos ella no puede más que darse o asomarse en el presente del tiempo, nacido de la imposibilidad en que quedan los entes de ser y repetir a todo el ser, y nacido de la capacidad del hombre para mirar como desde el ser la corriente en que se llora aquella imposibilidad radical. Quien está desposado con el ser, está desposado con lo bueno y lo bello, con lo uno y lo verdadero, con lo eterno y la luz. Ese "nous voyons toutes les choses en Dieu", de Malebranche, si lo referimos a la luz que deja el absoluto ser en la inmensa tienda o bodega interior de existente humano, nos parece exacto, agregando, eso sí, con San Agustín, que se trata de una luz "sui generis". Esta luz nos coloca en estado de trascendencia, en cierta situación de eternidad, lo que nos impulsa a huir de nuestra mutabilidad y de nuestro tiempo (Cf. San Agustín, de Genesi ad litt., XII, 31, 59; Retractationes, I, iv, 4; De Vera Religione, XXXIX, 1, 72; Santo Tomás, Summa contra Gentes, III, 47). El tiempo resulta así como signo de la eternidad, "ut signum, id est quasi vestigium aeternitatis tempus appareat" (San Agustín, De Genesi ad litteram, imperfectus liber, c. XIII, n. 38).

Este misterioso Tiempo, encarado en y por las mismas cosas temporales, suele conducir a no pocas contradicciones. En la teogonía órfica el tiempo es divino, es CHRONOS, la causa primera de todas las cosas, y en los griegos es la concepción cíclica del devenir, como en el eterno fuego divino de Heráclito de proceso indefinido de apagones y encendidos, o como en el fuego de eterna potencia de Crisipo; o se termina por su negación como el ser permanente de eternidad inmutable, en Parnémides y Zenón: "el ser no es ni será, sino que él Es presente todo juntamente" (H. Diels, Fragmente der Versokratiker, 28 B 8, Berlin 1934-1937, Vol. I, p. 235).

Alguien, y más de alguien, que podría escuchar nuestro soliloquio llevados por la ciceroniana "acies mentis", tal vez se pregunte si ésto es el TIEMPO en Heidegger. Ya al principio señalamos que éste era un ir adentro mío hacia lo que yo veo en TODO el hombre heideggeriano, y guarda

por ello rigurosa simetría con todo el ámbito en que se mueve y se patentiza dicho hombre. Si a los presocráticos, a la tarea original de éstos, Heidegger se remite, en la cuestión sobre el ser y sobre el tiempo, como postulado ineluctable para un re-hacer y un re-avanzar de la metafísica, así como revisando sus fundamentos han podido avanzar las ciencias de la naturaleza, entonces esta re-visión del fundamento de Tiempo, no puede estar lejos de la meditación sobre el tiempo de aquellos griegos. Y tanto en SER Y TIEMPO, como en KANT Y EL PROBLEMA DE LA METAFISICA y en LA PREGUNTA POR EL SER, para solo citar lo que más hemos meditado, está todo el fundamento de nuestra INTRODUCCION personal. Así como está "oculta la diferencia entre ser y ente", según Heidegger nos dice en KANT Y EL PROBLEMA DE LA METAFISICA, por eso mismo, por vía de consecuencia, oculta queda la diferencia entre TIEMPO Y ETERNIDAD, aunque el primero viva por lo segundo. Y paradoriando lo que a continuación él dice, —que "el hombre mismo se presenta como un ente entre otros entes"—, nosotros obtenemos: el tiempo mismo del hombre se presenta como un tiempo entre otros tiempos. ¿Cómo explicar en caso contrario e inverosímil, el último fundamento de lo que el mismo Heidegger llama en la nominación del ser humano, "finitud trascendental"? Pero más expresamente aún, y en la misma obra escrita paralelamente con la segunda parte de SEIN UND ZEIT, que nunca directamente vio la luz, pero que probablemente está en los papeles a publicarse, y, como en alguna parte lo sostuvo el mismo maestro, diseminada y definida en sus diversos escritos posteriores a SER Y TIEMPO, leemos: "Manifiestamente el ser del ente se entiende aquí como permanencia y constancia. ¿Qué proyección implica esta comprensión del ser? La proyección relativa al tiempo; pues aun la eternidad, Ewigkeit, considerada, por ejemplo, como NUNC STANS, sólo se comprende, en calidad de AHORA constante, por el tiempo. ¿Qué significa que el ente propiamente dicho sea entendido como OUSIA, PAOUSIA, lo que significa, en el fondo, como PRESENTE, como propiedad inmediata y constantemente presente,, como HABER? Esta proyección acusa que el ser es *permanencia en la presencia*". (Uso la fidedigna traducción al español de Grad Ibscher Roth, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1954, pp. 196-201). El DASEIN está encadenado en el Tiempo, el ser-ahí está lanzado a la relatividad de la sucesión. Pero el SEIN del Dasein, está volcado en el seno de lo, presente. Pero la esencia del Tiempo no está en la cómoda y funcional definición del tiempo de Aristóteles. Por eso Heidegger dice: "la esencia del tiempo, tal como fue expuesta por Aristóteles, no ofrece *ninguna* respuesta a esta cuestión" (Ib., p. 202). Yo no puedo menos que expresar mi pequeño estupor ante las ambigüedades y vacilaciones que ofrece el maestro después de tamañas declaraciones. Con razón dijo después que esta obra tenía lagunas e impurezas, y que dejaba a otros la tarea de encontrar en ella todo eso. De todas maneras, en la maraña del Tiempo ex-siste el hombre heideggeriano; y desde esta maraña, él se adivina como eterno, o como suspenso de

lo eterno, seguramente del Ser Infinito, al que nuestro recordado filósofo tanto respetaba y por cuyo honor debió hacer francas declaraciones. Para esto probar, solamente me remito a una nota intercalada en LA ESENCIA DEL FUNDAMENTO, a una conmovedora y valiente página de IDENTITÄT UND DIFFERENZ, y a una respetuosa declaración en ZUR SEINSFRAGE, que es como sigue: y que obligado me veo a citarla por entero: "Entretanto, ni siquiera necesitamos tornar nuestro pensar a la deducción trascendental de las categorías de Kant para comprender que, al ver en la forma la fuente de la dotación de sentidos, se trata de la LEGITIMACION del ser del ente. RESULTARIA UNA EXPLICACION DEMASIADO GROSERA DECIR QUE AQUI, en un mundo secularizado, el hombre, como originador del ser del ente, USURPARA EL PUESTA DE DIOS. El hecho de que, desde luego, se halla en juego la esencia humana, no admite duda. Pero la esencia (verbal) del hombre, EL ESTAR-AHI en el hombre, no ES NADA HUMANO" (uso la buena versión española de Germán Bleiberg, en su segunda edición española, de REVISTA DE OCCIDENTE, Madrid, 1958, pp. 29-30). Todo esto, al menos así me parece a mí, es la abertura disimulada que nuestro pensador deja para que los hombres dejemos de ser TIEMPO. Esto sería el TIEMPO ABANDONADO por un reclamo y sospecha del TIEMPO MISMO que embrollaba al ser del ente.

3. Abandono del Mundo.

En nuestra meditación, o soliloquio, muy bien comprendemos que es bastante difícil des-andar lo andado, lanzar el hombre viejo para, no revestirse, que sería quedar igual, sino para ser un hombre nuevo. Por eso la renovación queda a medias: Aristóteles quedó a medio camino; San Agustín y Santo Tomás, sobre todo este último, también; Descartes, Kant, Hegel, Husserl, Heidegger, se nos fueron a la MANSION cuando como que casi a punto estaban de re-pensarse. En biología, no hay "generación espontánea". En la cultura, no puede haber pensamiento sin que sea un re-pensar lo pensado. Y así vamos. Einstein dijo una vez, que sin la preexistencia de Newton, Einstein sería imposible. Solamente el tonto y el inútil pueden considerarse inéditos. Pero ya Ortega nos advirtió que los tontos son los únicos vitalicios. En expresión que tiene al frente, y que lo hace reír mucho, a mi amigo Enrique Munita. Pero tengo que abandonar TODO ESTO. Para simplemente ser, sin ser absolutamente.

Por lo mismo que el ser del ente humano anhela dejar TIEMPO, también está en tensión de DEJAR-MUNDO. ¿Pero, qué es este MUNDO? No es él este universo físico. No es él este estarse viéndolas con las cosas. No es MUNDO la conciencia intelectual del Universo. Ni tampoco es la pecaminosidad de los Evangelios cuando el hombre mancha y distorsiona la naturaleza, o cuando el hombre se finge, por debilidad suya, invitado a pecar en las cosas. Tanto en *Sein und Zeit,* como en LA ESENCIA DEL FUNDAMENTO, Heidegger ha sido terminante. Hay un hecho humano,

o tal vez si divino, que nos recuerda Santo Tomás de Aquino, en el libro III, capítulo 61, de la *Summa Contra Gentes:* "El alma intelectiva, dice él, es creada en la frontera de Eternidad y Tiempo, como se dice en el libro de las "Causas". Pero, intuyendo todavía en lo más hondo de la maravilla llamada conocimiento, este "buen Hermano Tomás", para repetir al Dante, aseveraba: que en alguna manera "el hombre es todo el ente" en su ser, ut sit homo quodammodo totum ens" (In Aristotelis librum de Anima Commentarium, Lib. III, 13, 790).

Quisiéramos aquí decir que, por naturaleza, la vocación del hombre más originaria y que lo alcanza en toda su dimensión humana, es el ser. Esta vocación le causa una abertura profunda, como que casi infinita. Porque abierto al ser, queda de inmediato abierto el hombre a todo cuanto participa del ser, abierto al universo total de los entes, tanto por el conocimiento como por el amor. De ahí que el hombre sobrepase, sobrenade, trascienda a todos los entes por su llamado y reclamo al ser. Ya no puede quedarse más este hombre en ningún ente conocido; conocido este ente en su ser, se despide y viaja, y viaja hacia otro ente en su ser; amado el ente en su ser, intacto queda el amor para seguir su andanza hacia otros entes como si nunca el amor hubiese amado. Y así. Carga el hombre con todo el universo, carga con miles de universos, carga con toda la creación. Y esta carga, es también su libertad. Abierto al ser, es radicalmente LIBRE frente a los entes. Este no poder quedarse, en definitiva, en ningún ente que media entre él y el ser, es la libertad. Pero esta libertad, que es perfección, es libertad para el ser, y camina ella preñada de angustia y cuidado en el valle inmenso de las cosas. Los hombres, no rara vez, son libres hasta para optar por la esclavitud. Puede él esclavizarse, o puede ser esclavizado. Ninguna de esas cosas tendría sentido, si no es por la libertad radical de la esencia humana. Pues, bien; esta naturaleza humana, que ahora me resulta inmensa y tremenda naturaleza, —¿que no llamó San Agustín al hombre, "magna natura", porque el hombre era, esencialmente, summae naturae capax? (Vid. DE TRINITATE, XIV, iv, 6)—, no es un mundo de intencionalidades, no es anhelo indefinido de todo, no es arrojamiento en la nada de todo, sino que es una carga establecida en nuestra más íntima y radical esencia, que después se irá expresando, primero como dinámica de creación, luego como infinito proyecto, y finalmente en obras frente a las cuales al hombre no le quedará más que llanto por la pobreza de su obra frente al modelo de SU MUNDO. Mientras más entro en el hombre, y mediante este entramiento, mientras más entro en el MUNDO, tanto más me apena la esquematización fría y fixista de conceptos ontológicos dignos para tarjetas cadavéricas de las IBM, pero que me obnubilan un MUNDO vivo, agresivo, dinámico, de lucha y fiesta, en el que, en realidad el hombre por su esencia preciosa se encuentra y se adivina. De allí brotan, y allí se esclarecen, muchísimo antes que toda conceptualización, muchísimo antes que toda ontología, todas las respectividades, todas las posibilidades de relación, en este MUNDO humano que nos constituye. El hombre no crea

metafísicas. El hombre es la Metafísica. Que privilegio es del hombre, el darse MUNDO; y si el hombre se da MUNDO, es porque él está situado en lo meta-mundo, en lo meta-physis, en lo meta-cosmos: el hombre es el señor de todas las cosas, y hasta libre para apoderarse del Creador: quia summae-naturae capax est, et esse particeps potest MAGNA NATURA EST. Es nuestra tregedia el no poder ver siempre, de modo claro y distinto, nuestra propia grandeza, la excelsitud de nuestra estirpe. Los entes no nos dejan ver su última razón y nuestro último destino. Como lo decía hace años Pablo Landsberg: La vocación del hombre es la vida, y no la muerte, el ser y no la nada. Heidegger jamás dio al hombre por vocación el ser para la nada, o el ser para la muerte. No cuesta nada asesinar una imagen con textos aislados y no propios para mentes inmaduras. Cuando nos instalamos en la interioridad total del hombre heideggeriano, terminamos por admirar a Aristóteles, a Platón, a San Agustín, a Santo Tomás de Aquino, a Descartes, a Kant. Como si nuestra inmensa humanidad canonizara por sí misma, y desde sí misma, la verdad que hay en estos ejemplares mineros en la veta del ser del hombre, del ser del mundo, y del ser de Dios. Heidegger llama al hombre "MEMORIA DEL SER". Curiosamente, instalado también en la última y primera interioridad del hombre, San Agustín llama a éste, derechamente, "Memoria Dei", memoria de Dios. (Cf. La Memoria Dei en la Escuela Agustiniana, Art. en Rev. La Ciudad de Dios, de Fidel Casado, El Escorial, Octubre-Diciembre 1959, pp. 581-595). Heidegger no da el paso oficial para proclamar esta grandeza del hombre sólo posible por la grandeza de Dios. Pero lo tenía presente, lo rondaba, lo aceptaba, lo sentía. El hombre heideggeriano, no puede ser más que un hombre dispuesto para Dios. Heidegger fue siempre, sobre todo en sus últimos años, buen conocedor y lector de San Agustín. Entonces, sus ojos y su mente habrán chocado con este resultado que, seguramente, hizo suyo como reconociendo la perfecta identidad del ser en el que somos, nos movemos y existimos. Escribe San Agustín: "Es desde ahí (en mi alma y sobre mi alma) . . . donde está la morada de mi Dios; es ahí donde El habita; es ahí desde donde me mira; es ahí desde donde me ha creado; es desde ahí que me gobierna; es desde ahí que toma cuidado de mí; es desde ahí que El me llama (en mí); es desde ahí que me anima, que me conduce y me acompaña al término" (ENNARRATIO IN PS. 41, 2-10).

3. El hombre abandonado

Tremendamente misterioso es este hombre que se sostiene en la antesala de toda ciencia y sabiduría humanas. En su misterio pavoroso él funda sabiduría y ciencia. Porque es esencialmente fundante. En sí concilia tiempo y eternidad, finito e infinito, vida y muerte, todo y nada. No del todo los griegos sospecharon a este hombre conciliador. Y en este anhelo y substancia fundante, fúndase a sí mismo el hombre; y al fundarse a sí

mismo, funda Tiempo, Mundo, Vida. Y por querer más y más fundarse, despierta sintiéndose fundado en la Eternidad. No queda otra solución al hombre-epígono, de que hablábamos al principio, más que dejar de ser hombre y pasar a ser Dios: EGO DIXI VOBIS: DII ESTIS. En la imposibilidad de ser en sí mismo lo que en sí mismo quiere ser, el hombre debe renunciarse, el hombre debe abandonarse, el hombre debe, para usar términos pascalianos, infinitamente superarse. El no es libre para desconectarse del ser. Es esta conexión al ser, la raíz de la libertad del hombre. Nada ni nadie, que no sea el ser, encadena al hombre. El hombre es la libertad. Libertad que el hombre no va a mendigar a una ley. Libertad que el hombre no mendigará de un poder político. Libertad que no llorará ni frente a la riqueza ni a la pobreza materiales. El es la libertad. Lanzado al ser, donde está su seguridad, nadie es capaz de alienar al hombre en su arrojo radical. El es también la trascendencia. Es libre, porque trasciende; trasciende a todo, porque es la libertad. La filosofía moderna es la filosofía del poder del hombre; y por ser la filosofía del poder del hombre, es, en lo íntimo, la filosofía del poder del Ser Infinito.